

EL MERCURIO.

VALPARAISO, FEBRERO 21 DE 1863.

La España y el general Prim.

La España, esa nación tan heroica, tan poderosa antes, tan desgraciada después y tan interesante en la actualidad, se encuentra en una de las fases más singulares de su política, con motivo del desarrollo inusitado y sobre todo imprevisto, originado por la cuestión de Méjico. En efecto, no se trata ya de saber si la España retrocederá de la actitud tan precavida y decorosa que asumió desde el convenio de la Soledad. Esto ya está decidido, según el resultado de los últimos debates de sus Cortes: la España no contradecirá la línea de conducta tan cuerda adoptada por una de sus más puras y esclarecidas nombradas; ella acostendrá el honor de su política, el de su pabellón y los intereses de su raza que puebla el Continente hispano-americano.

Después de vacilaciones que es difícil comprender y escusar, la política española ha tomado al fin su partido en la cuestión de Méjico, tan palpitante, casi tan espinosa para ella. La voz de Prim, como el toque del clarín de la victoria, ha inspirado valor a esos corazones inquietos, y ha hecho sentir al león de Castilla que él también es fuerte, y que no tiene por qué intimidarse ni abatirse ante las aguilas francesas.

Aunque esa actitud ya carece hoy de gracia y aun de oportunidad, puesto que la inspiran el heroísmo y los triunfos del regenerado pueblo mejicano, sin embargo, tiene su mérito, y puede llamarse una buena dosis de prudencia y de coraje que viene en auxilio de una sagrada causa, tan noble, que ella sola ha bastado para levantar un pueblo americano de su oscuridad y ponerlo en primera línea entre las celebridades de la época. Porque, dígame lo que se quiera, es verdad que la Francia es desde Sebastopol y Solferino la primera nación de Europa y del mundo, la pequeña nación que ha vencido sus leones le ha arrebatado una parte de su gloria y de su importancia. El débil que rinde al fuerte, se hace fuerte a su turno, y su gloria y su grandeza son, por esto mismo, tanto más brillantes y meritorias.

Méjico, abandonado de las otras naciones, en una lucha heroica y desigual, ha sabido deavanzar el prestino de un coloso, y disipar la aureola de invencible que circundaba la frente de una intrepida nación. Su gloria es sola, es única, debida a sí propia, y nadie puede disputársela. Méjico se halla ahora a algunos palmos de altura sobre la América anglo-sajona, que lo ha sacrificado a su miedo, haciendo complaciente y facilitando muchos a su invasor, cuando las negaba a su vecino aislado y débil delante de su poderoso antagonista. Méjico ha conquistado con sus bayonetas el honor del primer rango entre las potencias de América.

Volviendo a Prim, haciéndose de su voz poderosa a fuerza de su carácter jeaeroso y valiente, el rejenecador del espíritu español, muy abitado por la última misión del Ministro Concha en París, no solo ha prestado un gran servicio al gobierno y a su pueblo, dignos de representar un mejor papel en esta época de rehabilitación y reorganización de nacionalidades caídas, sino que lo ha hecho igualmente a los pueblos y gobiernos de América.

Ahora que la voz esforzada de Prim ha inspirado dignidad al gabinete español y ánimo a ese noble Méjico, no hai duda que muchos de los que han estado callados y alentando con su silencio y su miedo las audacias de la monarquía reaccionaria de Napoteon, se apresuraran a levantar la cabeza y aun a cobrar sus bravatas. Así son ciertos hombres que pretenden influir en el destino de los pueblos. Se tienen auxilios cuando estos ya no son necesarios. En el momento del peligro todo calla y todo se aun para hacer flaquear al más débil. Pero Méjico podrá levantar su frente erguida y decir a muchas naciones: el bautismo de mi sangre os ha despertado jenerosos sentimientos, os ha hecho valientes.

Mientras tanto, la actitud de la España creada por el jeneral Prim, ha comenzado a preocupar a la Francia, y quién sabe si no traiga resultados que vengán a ser favorables a los pueblos hispano americanos.